

En un pueblo de la provincia de Huesca, para Navidad, en una casa del pueblo todos los años se les moría una mula. Un año se quedaron a cuidar las mulas para ver quién era el que mataba los animales. Se quedó el criado de la casa, mientras los demás se fueron a Misa de Gallo. El criado, de pronto, vio entrar un gato que se puso encima del lomo de una de las mejores mulas. El criado se dio cuenta y cogió un palo y le pegó al gato; del golpe le rompió una pata. Al día siguiente en la misma casa, la señora más mayor tenía una pierna rota.

En una casa del pueblo de Salas Altas llamada "casa Miguel de Mur", ocurrían cosas raras como, y lo más frecuente, se oían en las cuadras y solamente por las noches, unos ruidos que espantaban a los animales y que no dejaban dormir ni a las personas ni a los animales de la casa. El dueño de la casa dijo que esta situación debía terminar; los criados se quedarían en vela toda la noche, y así noche tras noche. Y veían que los animales, a las 12 horas en punto, todas las noches se revolucionaban, y el dueño de la casa dijo que debían matar al animal que ocasionaba los ruidos. Y a la noche siguiente se quedaron para descubrir el misterio de los ruidos, y pronto vieron correr a un ratón que corría entre las patas de las mulas, y le pegaron con un garrote, y el animal se quejó y suspiró: "¡Ay!, que me habéis roto una pierna". Y de pronto, se dieron cuenta de que era la abuela de la casa. Y por eso se creía que era bruja.

Cuando se juntaban las mujeres no hacían mas que hablar de brujería, unas hablaban de una cosa y otras, de otra. Allá en Sobrarbe, sobre todo, que había una casa que cada año se les morían un par de mulas; las mejores mulas que tenían se les morían, y eso te lo explicaban en las veladas. Resulta que un año afirmaron a un sirviente que era muy valiente, y aquél dice:

—Pues este año tengo que saber yo qué pasa con las mulas de esta casa.

Todos los años les pasaba el día de Navidad, en la misa de Nochebuena, de Gallo. Con que se van todos a misa y él no quiso ir. Y él se fue a la cuadra y engancha una tranqueta, pero gorda. Y allá a lo que la misa estaba a medio decir, ya cuando consagran, dice que apareció un gato, unos ojos más brillantes... Y él estaba en la pajera, el criaú. Con que entonces él se preparó bien, y el gato aquel le pasaba la mano por el lomo a la mula, a su mejor mula, diciendo:

—Maja eres, guapa eres, pero vas a caer.

Y a la otra:

—Tú también, maja eres, guapa eres, pero vas a caer.

¡Macagüen la madre...!, el criaú, ¡pan!, le pega un trancazo al gato que no sé si no le rompió una pierna, un brazo... no sé, esbricallau lo dejó al gato. Al día siguiente, que apareció la abuela de aquella casa que no se levantaba. ¡Qué le pasa a la abuela, qué le pasa a la abuela! Y que si tenía una pierna rota. Y preguntó el criaú que qué tenía:

—Buena culpa tienes tú.

Y era ella, que aquella noche de Navidad tenía que dar mal al que fuera.

Una vez, no hace muchos años, en Olsón había una familia que tenía un corral de ovejas en el monte, algo alejado del pueblo. Ese corral tenían que cerrarlo con llave todas las noches. Pero una noche, a la mujer que fue a cerrarlo se le olvidó la llave en la puerta y al llegar a casa la hicieron volver. Ella decía que prefería que se la llevara el diablo y fue, claro que fue, pero no volvió.

Dijo la gente de una casa que hay más lejos, que la habían visto bajar por el barranco envuelta en llamas, como si el diablo se la llevara, y es que había marchado jurando contra todos los santos, y diciendo otras barbaridades. Total, que no se volvió a saber de ella, ni del corral, ni de las ovejas, pues todo desapareció. Sólo quedan unas cuantas piedras.

El Pozo del Diablo

En Layana, pueblo próximo a los Bañales, cuentan que el pozo o cisterna (seguramente el arca del acueducto que conducía el agua hasta el poblado del Pueyo de los Bañales y las termas, según Antonio Beltrán) lo construyó el diablo por la petición de una doncella.

La joven tenía que ir todos los días, cargada con los cántaros, hasta el río para recoger agua. Cansada de su fatigosa tarea, un día expresó en voz alta el deseo de entregar su alma al diablo, a cambio de tener un pozo junto a su casa.

Satanás se apareció presuroso, antes de que la muchacha se desdijera de lo expresado en aquel arretrato. La chica no se volvió atrás, pero acordaron que sólo se cumpliría el pacto si el pozo estaba construido al día siguiente, antes de que cantara el gallo.

“Pateta” se puso manos a la obra, seguro de cumplir el plazo. La moza, temerosa por la rapidez con la que iba realizando la obra, y viendo que podía acabar condenada en el infierno, decidió engañar al diablo.

Fue a un corral, cogió un gallo y, cuando el pozo estaba casi terminado, le acercó un candil encendido para que cantara. El ave, creyendo que era de día, lanzó al aire un sonoro kikirikí. El diablo, al no haber terminado la obra, burlado, desapareció dando una gran patada en el suelo. El pozo quedó inacabado, le faltaba una piedra. Pero la moza logró su propósito.

El toro de oro de Lanaja

En Lanaja también existe toro de oro escondido, tal como aparece representado en uno de los cuarteles de su escudo.

En tiempos de la Reconquista un caballero cristiano se enamoró de una musulmana de Lanaja, hija del alcaide. Cuando los cristianos entraron en la población el caballero fue en su búsqueda y la encontró rezando en la mezquita. La bella mora, asustada, huyó por unos pasadizos. Él la siguió. Pero, cuando estaba a punto de alcanzarla, la mora, conocedora de diversas artes mágicas, se convirtió en un bravo toro, que embistió al caballero.

El padre la buscó desesperadamente, en su precipitada huida, hasta que la encontró transformada en toro, para su desesperación. Al mirar a los ojos al animal y comprobar su mansedumbre, el padre se dio cuenta que su hija había realizado uno de sus hechizos.

El alcaide llamó a sus servidores e intentaron desencantar al toro, pero éste quedó convertido en oro. Como no podían llevárselo, decidieron esconderlo en alguno de aquellos pasadizos. Y así quedó en el subsuelo de Lanaja el toro de oro, que aún no ha sido hallado.



Es muy conocida la leyenda del herrero de San Felices, el tío Apolinar, nacido en Biescas, que narró Luis López Allué en *Alma montañesa*. El herrero logra burlar al diablo después de haber vendido su alma a cambio de disfrutar de grandes riquezas durante diez años. Cuando el diablo, cumplido el plazo se presenta en busca del herrero, éste le pide un último deseo: que le deje elegir la forma de morir. El diablo acepta, apostillando que jamás los seres malignos dejan de cumplir sus promesas. El herrero exclama presuroso que quiere morir de sobreparto.

Enrique Satué recogió varias versiones del herrero que burla y engaña al diablo en las proximidades de Biescas y sitúa el despoblado de San Felices en el término de Biescas, cerca de la ermita de Santa Elena.

La historia de las “Tres Sorores” es mencionada por Ramón J. Sender. Narra la desgracia de tres hermanas por la terrible maldición de su padre. Tras la invasión de los pueblos bárbaros, en un pueblecito de la comarca, tres doncellas, huérfanas de madre, estaban preparadas para casarse con tres montañeses. Éstos y el padre de las

doncellas fueron hechos prisioneros. Ellas se escondieron en el bosque y cuando regresaron al pueblo sólo encontraron desolación. Observaron que había un soldado visigodo herido y, con rapidez, se acercaron a él para curarlo. Este soldado, a cambio, les prometió liberar a su padre y a sus futuros maridos.

Pero el soldado, una vez restablecido de sus heridas, decidió engañar a las doncellas. Las llevó al campamento de los visigodos y les dijo que sus novios se habían casado con tres jóvenes visigodas, encontrándose en el campo de batalla. Al cabo de un tiempo fueron olvidando a los que iban a ser sus esposos y accedieron al matrimonio con el soldado y otros dos compañeros suyos, abnegando de su religión. Por la noche, el espectro del padre se apareció maldiciendo a sus hijas por haber renegado de su fe. Éstas huyeron y se construyeron tres chozas junto al Monte Perdido. El padre y los tres montañeses fueron apresados y ahorcados. Se produjo un espantoso terremoto acompañado de un vendaval y las tres jóvenes quedaron convertidas en tres montes conocidos como las Tres Sorores.

Las encantarias y Franceset de Castanesa

En la población de Castanesa aún se conserva casa Franceset, hoy arruinada, aunque llegó a ser de las más ricas de la población. Sus moradores fueron siempre de origen humilde, pero un misterioso hecho hizo cambiar sus vidas para siempre.

Llegó la noche de San Juan y en la casa no había mucho para cenar. La madre preparó unas sopas y un poco de leche. Después dio un suspiro.

— ¡Tenemos la despensa casi vacía! ¡Cada día tengo que hacer malabarismos para traer algo a la mesa!

— Esto se acabó —respondió el joven Franceset—. Vamos a ser la casa más rica del pueblo.

Nadie le respondió, ni los abuelos, ni los padres, ni siquiera sus hermanos, que le miraron extrañados.

Por la noche salieron a encender las fallas, bailar en la plaza y sanjuanarse antes del amanecer. Pero al poco rato Franceset había desaparecido del pueblo. Nadie lo advirtió por el bullicio propio de la noche.

Nuestro protagonista se había ido a un prado próximo. Se escondió detrás de un pino y espero a que las encantarias acudieran a realizar sus bailes y juegos. Sabía que en aquellos pinos tenderían su colada.

En efecto, al cabo de un rato las encantarias siguieron el ritual de cada año. Primero lavaron la ropa y después tendieron la colada. Cuando ya se hubieron entretenido en sus juegos y danzas, Franceset salió corriendo a una velocidad endiablada, robó algunas prendas y desapareció de aquel lugar. Una encantaria lo vio, pero, a pesar de sus poderes, ya estaba lejos y nada pudo hacer, aunque le echó una terrible maldición.

*Franceset, Franceset,
pobre mai mes u serás,
ric si que t' en ferás,
pero amb caldo de gallina no morirás.*

La maldición se cumplió. Fue la casa más rica del pueblo, pero el final de Franceset no fue en la ancianidad, bien cuidado con el caldo de gallina, ya que por una imprudencia se ahogó al cruzar con su caballo el río Isábena, muy crecido por las lluvias.

La realidad y la leyenda marchan a la par en historias de “endemoniados”, “embrujados”, “convulsionarios” o “espirituados”, según Santa Orosia a Jaca para que, por medio de exorcismos y conjuros, les expulsaran de sus cuerpos los demonios, energúmenos o espíritus malignos, maléficos, encantamientos, mal de ojo y toda clase de hechicerías y supersticiones.

El Dr. Reig Gascó ya anunciaba en 1881 que los “endemoniados” eran enfermos afectados de histerismo y neurosis, que en estos casos presentaban variadas formas. Unas veces iban acompañados de fenómenos propios de la epilepsia y hasta de verdadera locura.

Carmen de Burgos narraba una historia de Javierregay, donde vivía una muchacha de quince años que había entrado a servir en casa del alcalde. Todas las tardes iba a buscar leche a la granja de sus amos y algunos días se encontraba con una viejecita, con la que hizo amistad.

Un día la viejecita le dio un racimo con doce granos de uva. Nunca había comido unas uvas tan perfumadas y ricas. Pero por la noche sufrió un cólico tan terrible que fue preciso llamar al médico. Cuando la joven dijo lo que había comido, todas las mujeres de la casa se alarmaron por el hecho de que aceptara algo de una desconocida.

En cuanto se pudo levantar, salió a buscar a la viejecita, pero no la encontró por ninguna parte ni nadie daba razón. La chica fue empeorando hasta que surgieron las convulsiones y todos los síntomas de estar espirituada.

Así vivió mucho tiempo, sufriendo, hasta que un día fue liberada por la acción de un curandero que le recetó un bálsamo para que se aplicara sobre el estómago. El medicamento provocó el vómito, en el que salieron once de los doce granos de uva que le había dado la vieja, mezclados con abundantes cabellos enroscados.

Los Millares, junto al puerto de Fanlo, también tienen su leyenda. El cruel Palafox era dueño de muchas tierras y rebaños y su ambición no tenía límites. En sus tierras existía un ibón que un año a pesar de la sequía siguió con agua. Allí llegaron muchos pastores con sus rebaños. Por la noche, mientras descansaban junto al lago, Palafox los pasó a cuchillo a todos y se hizo con los rebaños. Al amanecer fue a lavarse al ibón y quedó atónito al ver que el agua se teñía de color rojo. Después, un terrible terremoto se tragó a Palafox y a sus rebaños, y aquellos fértiles campos quedaron convertidos en una zona pedregosa y árida.

El Puente del Diablo de Mediano

Al pasar por la carretera que desde Barbastro nos conduce a Aínsa nos encontramos con el embalse de Mediano. Del agua emerge la torre de la iglesia con su visible exconjuradera. Cerca de aquí estaba el denominado "Puente del Diablo".

Según la leyenda, algunos hombres de Mediano estaban un domingo en la plaza charlando, cuando surgió el siguiente comentario:

— Si existiera un puente que cruzara el Cinca por el Entremón nos ahorraríamos mucho tiempo en nuestros viajes a Aínsa y Boltaña.

— Es cierto, pero ese puente costaría mucho tiempo, mucho trabajo y mucho dinero —replicó uno de los presentes.

— De ese puente ya os podéis olvidar. Ese puente sólo lo puede construir el diablo —añadió un tercero.

— ¡Ah!, pues a mí no me importaría nada que viniese el diablo y lo construyera —intervino de nuevo el primero.

— Ni a mí tampoco —respondieron casi al unísono los demás.

Pasados unos minutos se presentó en la plaza un jinete, montado en un caballo negro. Era un hombre de gran altura. Bajó del corcel y se dirigió con voz cavernosa y potente a los presentes:

— Yo soy el diablo. Os he oído y estoy dispuesto a construeros el puente en una sola noche, antes de que cante el gallo.

— Está bien —respondió uno de ellos, atónito por la inesperada visita— pero tú, Pateta, seguro que pedirás algo a cambio.

— Si cumplo lo prometido, solamente me llevaré el alma de las tres doncellas que quedan en el pueblo —respondió con aplomo y voz aún más grave el diablo.

— Eso no —replicaron los presentes.

Sin embargo uno de aquellos hombres, conocido por su astucia, les dijo en voz baja a los demás:

— Decidle que sí, que después ya lo engañaremos.

El trato quedó sellado. Aquella noche de luna llena el diablo comenzó su obra. Desde el pueblo se veía la rapidez en la construc-

ción. Primero, grandes piedras en la base, luego levantó los pilares, siguió cerrando con las arcadas. Las gentes del pueblo, con gran espanto, preguntaron a aquel hombre tan astuto qué podían hacer:

— ¡Tranquilos! —les dijo— cuando esté a punto de terminar, si lo dejara a medio construir, cogéis un gallo, le ponéis una vela delante y el gallo cantará.

Fueron a un corral a buscar un gallo, pero lo encontraron muerto. Rápidamente se dirigieron a otro corral y también lo encontraron estrangulado. El diablo había matado todos los gallos para que nadie le gastara una jugarreta.

Viéndose perdidos, mandaron a un mozo que a galope tendido fuese a buscar un gallo a alguna aldea vecina. Pero cuando el diablo, soltando una sonora carcajada, iba a colocar la última piedra, el mozo no había vuelto.

En el pueblo la situación se tornó muy dramática. Entonces, cuando ya se presentía lo peor, se oyó un sonoro kikirikí. El diablo, sintiéndose perdido, desapareció para siempre dejando un terrible olor a azufre. Allí quedó el que se denominó “Puente del Diablo” al que le faltaba una piedra.

Pero, ¿de dónde había salido el sonoro kikirikí? Al parecer, una de las doncellas que iba a ser entregada al diablo, sintiéndose perdida, fue la que lo entonó imitando perfectamente al gallo.



Ribagorza



EL antiguo condado ribagorzano es una comarca propicia en ensoñaciones y leyendas. Por sus valles y montañas pululan brujas, espectros, diablos (y “diapllérons”) y hasta dispone de seres mágicos autóctonos: las “encantarias”. Incluso los picos montañosos poseen su leyenda; entre ellos, el más alto de Aragón y de la Cordillera Pirenaica, el Aneto, que podría corresponder a uno de los dioses de los ilergetes, el dios Neitín o Neto, divinidad identificada con Marte.

Los Montes Malditos también tienen su leyenda. Los pastores cuidaban sus rebaños en los verdes pastos de la zona. Al parecer no eran buenos, su corazón era duro, excepto un joven pastor de gran bondad.

Una noche tormentosa llegó un peregrino y llamó a las cabañas de los pastores pidiendo cobijo y comida. No le quisieron abrir y, además, le soltaron los perros. Solamente un humilde pastor le ofreció su cabaña para dormir y le dio leche para cenar.

A la mañana siguiente el peregrino indicó al pastor que reuniese su rebaño. Cuando llevaban un rato andando, levantó las manos al cielo y tembló toda la montaña. En breves instantes los prados quedaron convertidos en piedras y rocas, igual que el duro corazón de aquellos pastores.

Las leyendas de brujas nos hablan del Turbón y de Cotiella, lugares en los que se reunían. Antes de iniciar su vuelo gritaban de forma desgarrada. Las reuniones del Turbón debieron ser de las más importantes, pues dicen los lugareños que a veces se veía a las brujas